

ANA A. ALTAVISTA

*El Barroco y su
Influencia en la Arquitectura Rioplatense*

EL ESTILO BARROCO surgido a fines del siglo XVI, se difundió por Europa y logró su máxima expresión en España y Portugal durante la centuria siguiente.

La línea curva, dinámica, reemplazando a las formas geométricas renacentistas, confiere al conjunto una función en el espacio que lo circunda mientras lo decorativo prevalece en agitado movimiento al cual contribuyen, tanto la espiral ascendente de las columnas salomónicas y las cornisas ondulantes, como los frontones quebrados en S, la abundancia de nichos ordenados con estatuas y el vuelo de los ángeles niños.

La Contrarreforma facilitó la difusión del estilo pues el Concilio de Trento (1545 a 1563) impuso una serie de normas artísticas como la supresión de lo mitológico y el desnudo cuando éste no representaba lo heroico, lo cual dio origen a la separación del arte religioso y el profano.

Frente a la severidad impuesta por el protestantismo, la iglesia católica, y en especial la orden jesuítica, protegen un estilo de tendencia espiritualista que, a través de la curva, aspira a elevarse hacia lo celestial. Esta nueva concepción artística habría de dominar a la arquitectura civil y religiosa dentro del vasto imperio hispano-americano a partir del último tercio del siglo XVII.

El barroco de América española aun ejecutado bajo la dirección de

artistas españoles, belgas, portugueses o italianos, sufrió la influencia de la mano de obra indígena que aportaba elementos decorativos fito y zoomórficos, desconocidos en Europa. Por otra parte, esos mismos artistas, tan minuciosos en el detalle, agregarán al estilo una superabundancia tal de ornamentos que muchos críticos lo denominan: ultrabarroco, calificativo justificado ampliamente por los monumentos más típicos de los virreinos de Méjico y Perú.

En el del Río de la Plata, la pobreza de materiales constructivos determinó una simplificación estilística y así vemos cómo en misiones e iglesias campean las líneas sencillas; en ellas, el movimiento de las fachadas es casi horizontal. Sólo se las decora por medio de pilastras y cornisas mientras la agitación turbulenta, un tanto contenida, se reserva para dar marco a la entrada principal. Este esquema se completa con una o dos torres.

Circunscribiéndonos al ámbito rioplatense, pocos son los centros ciudadanos de nuestro territorio en los cuales lo barroco halló su expresión. La corriente colonizadora del norte trajo consigo elementos incaicos según se deja ver en las catedrales de Salta y Jujuy, sobre todo en el magnífico púlpito de esta última, debido a la mano ignorada de artífices indígenas.

La corriente cuyana tuvo menos persistencia por cuanto los fenómenos tectónicos han destruido la mayor parte de los edificios levantados por el conquistador.

Más rico legado es el que dejó la orden jesuítica llegada desde el Río de la Plata hasta el corazón mediterráneo, y sus ejemplares más notables lo constituyen no sólo las reducciones de Jesús María y Alta Gracia sino también la Catedral y la iglesia de la Compañía de Jesús en la ciudad de Córdoba.

En cuanto a los monumentos arquitectónicos porteños, a poco que recorramos la antigua zona céntrica veremos desfilar nuestro acervo colonial religioso: San Ignacio, Santo Domingo, San Juan, La Merced, la Catedral, y un poco más lejos, el Socorro y el Pilar nos muestran las líneas graciosas de un arte cuyo trasplante dio frutos sencillos, pero no por eso desprovistos de espiritualidad.

Algunos de estos templos debieron sufrir la evolución del gusto. Y es así como sus fachadas fueron objeto de modificaciones al promediar la anterior centuria.

Detengámonos en la Catedral. Desde la iglesuela de adobe y madera, mandada a erigir por Hernandarias, hasta la fábrica de cal y ladrillo que conocemos, soportó siete reconstrucciones en el mismo ángulo de manzana, retirada de la línea de edificación como las demás iglesias de la época. Aun cuando el trazado de la urbe moderna le ha hecho perder esa disposición, conserva las pocas gradas que entonces daban acceso al atrio y hoy, al pórtico.

La fachada, obra del jesuita Blanqui, fue lo único que permaneció en pie después del derrumbe de sus naves, en el siglo XVII; en el siglo siguiente la erigirá por última



*Nave principal de la
Catedral Metropolitana*

vez Antonio Masella, arquitecto italiano, autor de la airosa cúpula sobre tambor con remate de linterna.

Sin embargo, ambos cuerpos resultaron nuevamente desproporcionados y se mandó entonces a demoler el primero. En 1822, durante el gobierno de Martín Rodríguez y su ministro Rivadavia, el francés Catelín rehizo el frontis tal como subsiste, en estilo griego, con pórtico precedido por doce columnas y rematado por un frontón en el cual las esculturas del tímpano ofrecen el desarrollo de una de las más conocidas leyendas bíblicas acerca de cuyo autor se suscitó una polémica recientemente desde las páginas de *La Prensa*.

Muchas son las controversias en torno al modelo que Catelín utilizó como fuente de inspiración; la palabra casi definitiva al respecto la dio el arquitecto Buschiazzo al afirmar la influencia del estilo del Palais Bourbon, construído en 1807 en la capital de Francia, de similitud evidente con nuestro discutido pórtico catedralicio.

La fachada lateral ofrece la belleza de sus altas y profundas ventanas enrejadas, muestras de un arte en boga durante el período de la dominación española. El hierro, sabiamente trabado, perdura aquí en delicadas volutas; más que materia recia, semeja la trama de un encaje. En cuanto a la planta, conserva la forma básica en cruz latina cuyos orígenes se remontan al período inicial del arte cristiano de Occidente.

El decorado exterior de la cúpula se logra mediante una cubierta de azulejos de factura francesa construídos por motivos de líneas rectas en negro rojizo, curvas y puntos azules de contornos esfumados sobre fondo blanco lechoso, que proporcionan al conjunto singular belleza cuando se refleja en ellos la luz del atardecer.

En el interior, altares y retablos ofrecen formas barrocas, adaptándose a la arquitectura de las capillas iluminadas por una luz que, desde lo alto, aminora el contraste de los rojos, los azules y los oros de la ornamentación pictórica.

Una de esas capillas fue transformada en 1878 para servir de mausoleo al general San Martín. Obra marmórea, serena y austera como quien en ella reposa, se debe al cincel de Carriere-Belleuze.

Fatigoso sería describir minuciosamente la belleza de los demás templos porteños, un tanto olvidados en medio del tráfico de la metrópoli. Detenerse ante ellos, recorrer detenidamente altares y sacristías, reconocer en cada una de sus tallas la mano ingenua y devota del indígena recién ganado para la civilización, constituye no sólo goce estético sino una contribución al conocimiento de nuestra cultura aún no suficientemente difundida como merece.